

## III Domingo de Adviento – C –

---

16/12/2012

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

Domingo “*gaudete*”, domingo de alegría. Todo en la liturgia nos invita a la alegría.

La liturgia de la Iglesia Católica se vive en plenitud sólo si uno es capaz de olvidarse de sí mismo. Cuanto más sea uno capaz de olvidarse de sí más capaz será de vivir la liturgia, esto es, de adentrarse en el misterio del Dios vivo.

Y la liturgia misma nos invita y nos enseña a dejar atrás nuestro propio yo. Ella nos invita a ir por encima de nuestros propios sentimientos y estados de ánimos, a ir más allá de las circunstancias personales de cada uno, para poner nuestra atención en Aquel, Único, que es el Necesario, en el “*Unum Necessarium*”, en Dios, en su ser, en su realidad, y en su obra.

Así cuando la liturgia nos llama a la penitencia nos pide que relativicemos todos nuestros éxitos y logros, para reconocer que todo es pasajero y que nuestros éxitos no están libres de pecado y de imperfección. Y lo hace para que aprendamos a poner nuestro corazón en el único fundamento estable, que no somos nosotros, ni el fruto de nuestras manos, ni siquiera nuestras obras buenas, por meritorias que sean, sino Dios y su misericordia, que no pasa.

Y cuando la liturgia nos llama a la alegría, también nos pide que vayamos más allá de los estados de ánimo personales, que dependen del temperamento, de la marcha del trabajo o de cómo nos vaya con nuestros hijos, para mirar a Dios, para centrarnos en Él y en el amor inmenso con el que él obra nuestra salvación. La liturgia nos invita a hacer del ser de Dios y de la obra de su amor la fuente de nuestra alegría; una alegría que no está a merced de los estados de ánimo, que no está a merced de las debilidades de nuestra psicología o de las limitaciones y dolores de nuestro cuerpo; una alegría que no está a merced de las injusticias que podamos sufrir, o del afecto o de la soledad con que los otros nos rodeen; sino que depende sólo de Dios.

La liturgia nos ayuda a salir de nosotros mismos para ir a Dios y nos pide también que nos dejemos llevar por este impulso y salgamos efectivamente de nosotros mismos para ir al encuentro de Dios. Y una de las cosas que más ayuda a salir de uno mismo es el ejercicio de la caridad, que se nos recomienda en el Evangelio, pero sobre eso volveremos después. ¿Qué busca el Espíritu Santo que es el que anima la liturgia de la Iglesia? –Darnos una alegría **verdadera** y **estable**. **Verdadera** porque nace de una fuente cierta: la realidad de Dios, la realidad de su ser trinitario y la realidad de su amor por nosotros. Y **estable**: porque Dios no pasa y su amor por nosotros es inmovible. Justamente por eso quién pone en Dios la fuente de su alegría será un hombre **sabio** y **dichoso**.

Hay muchos que son de natural alegres, o que hacen el esfuerzo por estar alegres, pero, si no encuentran en Dios la única fuente estable de alegría, su alegría natural o su esfuerzo se desvanecerá y, al final, toda su alegría será un mero espejismo, una ilusión. Sin Dios cualquier otra fuente de alegría es inestable, se esfuma rápidamente de nuestra vida.

Por el contrario, los santos, como san Felipe, el santo de la Alegría, son sabios porque han sabido reconocer la verdad: que Dios es la fuente única de la alegría verdadera. Los santos no necesitan negar el pecado o el dolor o el sufrimiento que les rodea y que les llega también a ellos, porque la fuente de su alegría está por encima y permanece estable. Y en medio del dolor o la prueba, su alegría permanece. Justamente por eso la gente se sentía atraída por san Felipe, hombres sencillos y hombres cultos, niños y hombres adultos, le buscaban, se sentían bien a su lado, porque él era testigo de un amor que no pasa y, con este amor que no pasa, de una alegría siempre fresca.

Algunos acusarán a los santos de vivir fuera del mundo, y en cierta medida es verdad, porque tienen el corazón puesto en Dios, que está más allá de este mundo, pero cuando se les ve en acción, cuándo se ve cómo afrontan el dolor de los demás, sin huir; cómo se entregan a los más necesitados; cómo fundan obras de caridad; cómo acompañan a los que están solos en la enfermedad, o en la cárcel; cómo luchan por los que pasan hambre; cómo son capaces de afrontar retos de todo tipo en las ciudades o en las universidades, en tierras ricas o en las pobres; entonces, al ver esta vida real de los santos y su acción en este mundo, es obligado reconocer que nadie como ellos trabaja en este mundo y por este mundo, que nadie ama como ellos ni se entrega como ellos y que nadie tiene su alegría.

La liturgia de hoy nos invita a la alegría y al caridad. Nos invita a la alegría porque Dios viene a nosotros. Sin tener en cuenta nuestros pecados y nuestra ingratitud vine buscando nuestra compañía, cosa que es ciertamente sorprendente –Lo otro, que nosotros buscásemos su compañía, sería lo normal–. Viene y viene con su poder para salvarnos. Este es el grito de júbilo que la voz del profeta Sofonías hace resonar hoy en la Iglesia Católica, en todo el mundo: **“Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel, alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén. El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos. El Señor será el rey de Israel en medio de ti y ya no temerás [...] Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo”**.

Y san Pablo, a pesar de las dificultades pequeñas o grandes, insiste machaconamente en esta alegría: **“Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito. Que vuestra alegría la conozca todo el mundo”**. Y añade la razón única de esta alegría: **“El Señor está cerca”**. Con esta certeza el cristiano puede afrontar cualquier cosa. Por eso añade: **“Nada os preocupe; sino que en toda ocasión... vuestras peticiones sean presentadas a Dios. Y la paz de Dios custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos”**. Para nuestra alma, siempre agitada por tantos sufrimientos, para una mente que no descansa porque no encuentra la solución a todos los problemas, ¿hay algo tan deseable como esta paz de Dios que custodia el corazón y la mente? Insisto: esta paz y esta alegría no es un evadirse de la realidad, no se nos invita a narcotizar nuestro espíritu, a evadir nuestra mente en un mundo imaginario, sino a ver las cosas en su verdad. Y esa verdad es que todo pasa y Dios y su amor permanecen. Más aún que Dios ha querido venir a nosotros y compartir hasta sus últimas consecuencias los sufrimientos de este mundo. Y que esto lo ha hecho por amor. Lo que es verdad es que él nos ama. Y lo que es verdad es que este amor le ha traído hasta nosotros para otorgarnos su propia vida. Esto es la verdad. No se nos pide que nos inventemos un mundo imaginario sino que reconozcamos la verdad. Nuestra alegría se fundamenta en la verdad, no en un espejismo.

El paso siguiente depende del primero. Es el paso de la caridad. La liturgia de hoy también nos invita a la caridad, al amor real al prójimo, no de meras palabras.

El ejercicio de la caridad nace de la alegría que da la certeza del amor de Dios. Sin esta alegría el ejercicio de la caridad pronto decae, pronto se repliega, el hombre triste tiende a replegarse sobre sí mismo, a cerrarse sobre sí y a hacerse incapaz de atender el sufrimiento de los otros y a prestarles auxilio. Pero además, de forma concomitante el ejercicio de la caridad nos ayuda a salir de nosotros mismos y a mantener nuestra alma abierta, a la espera de Dios.

Dios vine a nosotros movido por el amor, un amor real y efectivo. Y san Juan Bautista nos pide que también nosotros vayamos a su encuentro en el ejercicio de un amor real y efectivo. Por decirlo de alguna forma: el camino que Dios ha preparado para descender a nosotros está hecho de amor y se nos pide que también nosotros andemos hacia él por un camino hecho de amor práctico. Por eso san Juan aconseja ejercicios concretos de amor: compartir los bienes, es la primera recomendación (**“si tienes dos túnicas, da una; si tienes alimento, compártelo”, viene a decir**). A los publicanos que eran recaudadores de impuestos para los romanos, pero que vivían de lo que cobraban de más, les dice: **“no cobréis más de lo establecido”**. A los soldados que hacían prevalecer su posición de fuerza y sacaban bienes a las gentes con sus amenazas, les recomienda que se contenten con su paga de soldados. Cada uno tiene que saber según sus circunstancias, su oficio, sus bienes, etc., cómo poner en ejercicio la caridad.

El ejercicio práctico y real de la caridad tiene un fin: el encuentro con Aquel que viene, con Cristo, el que bautiza con Espíritu Santo y fuego. El Espíritu Santo es el vínculo del amor trinitario. Bautizar con Espíritu Santo significa sumergir en este Espíritu Santo, es decir ser introducido en el amor de Dios Trino, ser hecho partícipe de la vida divina. El fuego hace referencia a la purificación que es necesaria para participar de esta vida, una purificación que ha de quemar toda imperfección, un fuego que es también el amor divino, pero no el amor que se da entre las personas trinitarias, sino el amor de Dios manifestado y derramado en la cruz y el amor que nos hace participar en esa misma cruz. Bajo este aspecto de la cruz el amor se convierte en un fuego que purifica.

San Juan Bautista pone el ejercicio de la caridad como preparación al encuentro de Cristo, que viene a bautizarnos con este doble amor: el de la cruz, que nos purifica; y el del gozo eterno de la Trinidad. La preparación es necesaria, porque en la elección que nosotros hacemos ante Cristo nos jugamos nuestro destino eterno. A eso se refiere el Bautista, con la imagen del agricultor que con la horca lanza a lo alto el trigo en un día de viento, para que el viento mismo separe la paja y deje caer limpio el grano: **“Tiene en la mano la horca para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga”**.

Por tanto, alegrémonos por el amor de Dios; pongamos en ejercicio práctico y real nuestro amor y esperemos así a nuestro Señor y Salvador.

Sea alabado Jesucristo

P. Enrique Santayana C.O.